Celene García y los pétalos atrapados

Heber Sidney Quijano Hernández

Todavía quedan las brasas
que hielan mi superficie de agua
Polvo fuego

Si el erotismo es un disparo de la imaginación, un lago congelado puede ser la hoja en blanco, el cuerpo desierto y complacido abandonado en la contemplación del goce recién satisfecho y, a la vez, la reflexión poética de las reminiscencias eróticas. *A la orilla de un lago congelado* (2006) es también la *delectatio morosa* de la creación poética que Celene García investiga, escudriña

[1] Programa Editorial de la UAEM. Correo electrónico: *heberquijano@hotmail.com*

y sufre a costa de sabores, aromas, texturas, sombras, flores, insectos y animales, y en el que podemos confirmar la intuición de Roland Barthes: "Históricamente, el discurso de la ausencia lo pronuncia la Mujer" (2001: 45). Para Barthes, "el otro se encuentra en estado de perpetua partida, de viaje; es, por vocación, migratorio, huidizo" (2001: 45). Sin embargo, en este caso la partida no causa más que la avidez, la ansiedad reflexiva, un estado de inquietud que encauza su lúbrica elucubración hacia los terrenos fértiles de la poesía, pues "el lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro[…] Mi lenguaje tiembla de deseo" (Barthes, 2001: 82).

Entre la ironía y la mera representación femenina, el Yo lírico utiliza un personaje femenino, la princesa, que sólo asoma la cabeza esporádicamente: "me inclino a soñar/ con la mano en la mejilla/ como anacrónica princesa/ en medio del tránsito oficinesco/ y me pincho un dedo y sangra/ sangra intenso escarlata". Ello nos remite insoslayablemente al poema "Cristal": "La mujer besa toda la tarde/ los pétalos atrapados/ al otro lado del cristal" (Velasco, 1998: 39). Así, ambas mujeres parecieran recluidas, atrapadas, quizá sumisas en la espera del amante, quizá hastiadas de la cotidianidad sólo quebrantada por el momento en que se detona el acto erótico: "la humedad permanente al interior del follaje/ secreta un olor a tierra un sudor que abre sus gotas".

El poemario está dividido en tres secciones "Palmas en llovizna", "La llama entre los dedos" y "El hueco de la mano". Cada una pareciera ser la misma, forjarse con la misma aleación sin delimitarse bien entre sí. Aunque pudiera intuirse cierta evolución o desarrollo de una historia amorosa, que sólo enfatiza la soledad femenina, en cada una de las tres secciones. El Yo lírico nos ofrece la contemplación de un personaje en el que se congrega la fertilidad de la tierra, el bosque que arropa, que ofrece su seno a sus habitantes, flores, ríos, cañadas y una multitud diminuta de insectos (catarinas, libélulas, caracolas, abejas, orugas), cuyo lento caminar, cuyas milimétricas extremidades simulan la sensación táctil de la caricia: "Clavículas tensas sobre los latidos/ trazaré el horizonte/ sobre el pecho como la catarina/ sobre el canto de la hoja", "déjame perseguir el trazo/ plácido de las orugas/ en la planicie desierta", "déjame temblar sobre la yema de los dedos/ como un insecto tímido/ en la madrugada// Déjame temblando a la hora/ que cae el hielo tengo alas/ ateridas me adhiero a la hoja silenciosa". Las posibilidades simbólicas de la poesía pueden hacernos pensar que esa "hoja" es la de una planta, la del papel, o la de la navaja.

El cuerpo se equipara con un lago congelado, cuya humedad no aviva ninguna brasa ni se regocija con la propia; un lago congelado que se derrite por la ausencia de goce: "frío que coagula mis huesos/ en la mañana", por la lejanía de

la mano detonante del destello erótico que se encuentra reflejado en todas y cada una de las repetitivas sinestesias —"succiona la ilusión de sus bulbos amargos", "intenso escarlata", "y saborear/ el olor a barro el color del viento", "sabor a limón/ agria concentración de las entrañas", "olor a conífera"—; por el calor que invoca al cuerpo inmolado en el desdén —"al fondo la carne abierta/ sacrificio/ prisionero inmolado/ imagen viva de los dioses"—; por la meditación que García Ponce llamara *delectatio morosa* —"contemplo las brasas/ que arden como cristales de hielo salvaje", "Déjame decir cómo se desmorona/ el tiempo en migajas de cuerpo".

El crepitar no cesa en ninguna de sus páginas, reverbera, estalla sus pavesas: "Déjame susurrar desde adentro/ donde la paja crepita con el fuego/ en un roce de seda/ […] y la savia será granate/ vibración entre los médanos". Pero su incendio es líquido, es la humedad lúbrica: "soy agua aquí botón de flor/ compás abierto/ carne tibia y sonora que se alienta/ soy agua aquí cascada en flor/ […] lenguas en lagos de saliva/ soy agua aquí carne en flor/ despetalándose". O tiene una textura seminal: "déjame mirar/ de dónde vino este temblor/ que ha traído unos moluscos/ asustados a mis dedos". O tiene la ritual hemorragia menstrual: "A la orilla del camino/ las malvas rozan mis muslos/ […]/ Las malvas/ acarician mis muslos/ de hojas onduladas/ Sudo Unas flores sudadas/ iluminan mi rostro".

El vértigo esencial, y quizá la parte más aguda y viva del libro, se encuentra en las descripciones de la penetración, que hiende el mundo, lo renueva y lo transparenta "Un rayo vertical atraviesa la columna desde la cabeza hasta el pubis. La fractura simétrica termina por romper en un escalofrío", "el sordo canto reverbera y se hunde/ se entierra en las ingles/ dolorosamente en los pliegues de la carne/ como un suspiro ensortijado en la enredadera/ […]/ adentro los pulmones rasguñan/ las costillas y el aliento sea abisma/ y las bocas en un espasmo se abren". Así, "la convulsión de la carne es tanto más precipitada cuanto más próxima está del desfallecimiento [y éste] favorece la voluptuosidad" (Bataille, 2003: 111). La poesía se convierte entonces en la válvula de escape del deseo contenido, y en el gozo al recordarlo.

Por ello, el lago congelado es también la escritura un sugestivo: "movimiento preciso de los dedos se teje en el papel/ […] Avanzo sobre este trozo de hielo donde escribo". El Yo lírico bordea el lago congelado, anda a sus orillas, meditabundo, buscando "la página en blanco del camino/ como una pregunta compungida" cuya respuesta se pretende escribir, como también pretende "escribir las miradas jadeantes/ las naranjas dulces desangrándose/ […] Escribir la eternidad de la gota/ que cae en la lengua/ néctar de mi desierto". Pero la respuesta es más perturbadora, se impregna de desesperanza: "Déjame ver en qué pozo/ va a

caer mi aliento sibilante/ acaso no venga la paloma/ a buscar el corazón en las cenizas", y, como siempre ocurre en estos temas, el saldo no es blanco: "a la princesa se le cae la armadura/ y errando la trayectoria hiere/ con su flecha al guerrero favorito".

Celene García deja en el anhelante y sediento Yo lírico la urgencia de humedecer y derretir el lago congelado, "si abro la boca/ dame un poco de agua por favor"; al tiempo que hace ejercicio retórico, que en algunos momentos queda a merced de la repetición, del lugar común, pero en otros estremece y suscita, incita el mismo deseo.

Bibliografía

Barthes, Roland (2001), *Fragmentos de un discurso amoroso*, México, Siglo XXI.
Bataille, Georges (2003), *El erotismo*, México, Tusquets.
García, Celene (2006), *A la orilla de un lago congelado*, Toluca, IMC.
—— (1993), "Polvo fuego", en *Soles ciegos*, Toluca, Gobierno del Estado de México/Tinta de Alcatraz.
García Ponce, Juan (1984), *De Ánima*, Barcelona Montesinos.
Velasco, Luz del Alba (1998), *Aves nocturnas*, Toluca, Tunastral.